

GOBIERNO DEL VIREY MAYORGA.

SUMARIO.

Toma posesion en 23 de agosto de 1779: aparece una espantosa epidemia de viruelas en toda la Nueva-España, y mueren solo en la capital ocho mil ochocientas veintinueve personas: horrible descripción de esta epidemia en Méjico: medidas que se toman por el gobierno para aliviar á la humanidad doliente, 42.—Se hacen exploraciones y descubrimientos en el mar del Sur, y modo con que se emposesionó el gobierno de las islas que se descubren, 43 á 45.—Refiérese la toma de Omoa en Guatemala por los ingleses y salida del presidente Galvez para recobrar aquella fortaleza, 46.—Ataca don Roberto Rivas el establecimiento inglés de Wallis con buen suceso; pero al completar el triunfo, los ingleses auxiliian dicho establecimiento con dos fragatas, 51.—El gobierno español destaca al general Solano con parte de su escuadra para la América, y con ella se apresta la expedición de la Luisiana al mando de don Bernardo de Galvez: después de muchos quebrantos por el mal tiempo, toma á Panzacola, 48 y 49.—El virey Mayorga baja á Veracruz y reconoce la fortaleza de Ulúa: revolución insignificante de indios en Izúcar, sofocada por el alcalde del crimen Urizar: el ministro Galvez desapruueba muchas disposiciones de Mayorga, y á su imitación la audiencia de Méjico desazona á este jefe: llega á Veracruz don Francisco Saavedra, para fiscalizar la conducta de Mayorga, y en concepto de Guadalajara se titula capitán general; pero Mayorga sostiene su autoridad. Toman los ingleses el establecimiento de la Criba en Guatemala, de donde habían sido expelidos, y su comandante don Tomás Sulia capitula con ellos: teme Mayorga una invasión de los ingleses, y establece un cantón de tropas en la intendencia de Veracruz: el gobernador de esta plaza osa desobedecer las órdenes de Mayorga, y la corte protege indirectamente la insubordinación de aquel jefe: nombrásele por sucesor en el virreinato á don Matías de Galvez: este exige que se le dé el bastón en San Cristóbal, y el acuerdo apoya esta pretensión: quéjase Mayorga á la corte de los desaires que había sufrido: elogiase la conducta de este jefe: describese el carácter del ministro Galvez: Mayorga se embarca, y á la vista de Cádiz muere, 51.—La esposa de Mayorga recibe por indemnización del rey veinte mil pesos, 52.

14. Deseábase su entrada en Méjico porque se temía que de un momento á otro apareciese sobre nuestras costas una escuadra inglesa que desembarcase doce ó mas mil hombres, como había sucedido en la Habana. Los oidores no inspiraban confianza sino para fallar pleitos, y lo mismo su regente, aunque se titulaba capitán general; mas este temor se calmó el día 23 de agosto en que el nuevo virey tomó posesion del mando, cuya entrada fué triste, porque á la sazón se hacian novenarios y rogaciones por el buen éxito de la guerra; y así no hubo las funciones de estilo que se usaban en tales casos. Bien presto ocurrió otro motivo de melancolía que hizo derramar copiosas lágrimas, porque repentinamente apareció en el mismo mes la peste desoladora de las viruelas, que tomó mucho incremento en los meses sucesivos, y en el espacio de cincuenta y siete dias en que arreció, hizo bajar al sepulcro solo dentro de Méjico, ocho mil ochocientas, veinte y una personas, segun los partes de policía que dió el gobierno el ayuntamiento; partes que creo no serian muy exactos, pues entonces la policía no había recibido las mejoras que después le dió el virey conde de Revillagigedo. El número de apestados en los ciento cincuenta cuarteles en que se subdividió esta capital entonces, ascendió á cuarenta y

cuatro mil doscientas ochenta y seis personas, de las que solo pudieron asistirse por si siete mil quinientas sesenta y seis, y fué necesario socorrer en un todo á treinta y seis mil seiscientos veinte. El triste cuadro que Méjico presentaba en tan azarosos dias lo trazó con bastante exactitud el virey en carta de 27 de diciembre de 1779, número 278, dirigida al ministerio español, en la que se explica de este modo: "No se veian en la calle sino cadáveres, ni oían en toda la ciudad sino clamores y lamentos: hacianse generalmente rogaciones públicas, devotas procesiones y solemnes novenarios á las santas imágenes á quienes el pueblo tributa mas particularmente veneracion y afecto, finalmente, todos los objetos concurrían á una imponderable consternacion. Llegó mi congoja y desconsuelo á un grado muy superior, veíame en los principios de mi gobierno, después de una tan dilatada y penosa caminata, sin toda la práctica y conocimiento de un reino tan vasto, precioso y lleno de atenciones, rodeado de las calamidades y clamores del público: declarada la guerra, entendiendo en los preparativos de la defensa (que están casi concluidos) con toda la eficacia y actividad que demanda, en la habilitación de los importantes socorros de la Habana, Campeche, Manila y Nueva-Orleans; en los del reino de

Guatemala que debía ocupar mis primeros cuidados, no solo porque acabo de dejar su mando, sino por los sucesos acacidos en el puerto de Omoa; y últimamente, lleno de las inmensas tareas que ofrece este gobierno, aun sin las expuestas circunstancias. Deberia sin duda haber tenido mi espíritu un funesto estrago, á no mirarme por otro lado tan lleno de auxilios y observar en este prelado (el arzobispo) y todos los demás cuerpos de tribunales, ministros y sugetos particulares, tan gran piedad y tanta prontitud en la práctica y observancia de mis disposiciones."

42. Este informe está exactísimo, porque todos de consuno y gratuitamente contribuyeron en cuanto les fué posible al remedio de esta calamidad. El arzobispo Nuñez de Haro planteó en la casa del noviciado que fué de los jesuitas (San Andrés), cuatrocientas camas, y desde entonces se predispuso á restablecer en aquel local un hospital general, para cuya sustentacion gastó enormes sumas de dinero; pero lo mas sensible fué que esta calamidad hubiese plagado generalmente sobre esta América, cuando estuvo en manos de sus habitantes, ya que no extinguirla, á lo menos suavizar en gran parte la actividad de su veneno por medio de la inoculación, de cuyos buenos efectos ya se tenia entonces noticia por los que había producido en la Europa y en aquella misma sazón producía en Norte-América, cuyo jefe Washington había adoptado la inoculación en su cuartel general con buen suceso (1); tan cierto es esto, como que el virey Mayorga, refiriendo al ministerio las providencias que había adoptado, le dice (carta número 131 de noviembre)... que había dispuesto se destinasen una ó mas piezas en el hospital de San Hipólito... para que se inoculen los que quieran entregarse voluntariamente á esta operacion, después de calificar si es ó no útil su uso en tiempo de epidemia, con acuerdo del tribunal del protomedicato. Esto quiere decir que el alivio de nuestro pueblo se sometió á la calificación de cuatro vejetes que sabian tanto de inoculación, como de náutica, y veían este preservativo como cosa que olía á nigromancia. Todavía en la epidemia posterior de 1797 vi suscitarse esta misma cuestion entre doctores de grandes borlas y polendas, á pesar de que ya estaba decidida por los efectos favorables que se habían notado en Oajaca, donde primero se planteó la inoculación, de donde se remitieron á Méjico por cartas las primeras viruelas. ¿Cómo es, decían enfurecidos arrojando el brazo como si estuvieran argumentando en la barandilla de la Universidad, cómo es que un hombre pueda meterse un mal cierto por el que puede perecer, sin cometer un suicidio? ¿Este es un pecado mortal gravísimo! La peste de viruelas de que vamos hablando, hizo horribles estragos en toda la Nueva-España, y tanto, que era cosa rara ver una mujer bonita; es decir, que no tuviese la cara marcada de viruelas. Era yo muy niño cuando mi padre me llevó á ver las profundas fosas abiertas en el cementerio de la catedral de Oajaca, cuya memoria todavía me espanta. Mayorga dispensó á aquella ciudad cuantos favores pudo para alivio de aquel pueblo afligido, y para su socorro le destinó los fondos de los registros de grana: hizo tambien porque en aquella ciudad recibió la hospitalidad mas espléndida á su tránsito de Guatemala; en ella formó idea del gran pueblo que venia á gobernar, así como nos la formamos de la grandeza de un edificio por la belleza de su pórtico.

(1) El general don Ignacio Rayon hizo lo mismo con la vacuna en el año de 1812 en Zacatlan. Mandaba allí una division que se halló repentinamente atacada de viruelas, lo mismo que la gente popular; valiése de esta medida y la salvó: joyalá y hubiera tenido igual suceso con la otra plaga, que era peor que las viruelas, quiero decir, con la tropa de don Luis de Aguila, que lo atacó el 23 de setiembre.

43. El orden cronológico de la historia me guía á referir un suceso digno de los siglos caballerescos y de conquista que nos precedieron. El señor Bucarelli había mandado en los dias de su gobierno hacer exploraciones en el mar del Sur, y en cumplimiento de sus órdenes selieron del puerto de San Blas dos fragatas de exploracion, á saber: Nuestra Señora del Rosario (alias la Princesa) y Nuestra Señora de los Remedios, al mando de don Ignacio Arteaga, teniente de navio de la real armada y comandante de la expedición: ambos buques zarpados de dicho puerto en 11 de febrero de 1779, arribaron á un punto situado sobre los 53 grados 17 minutos. Encontraron allí una hermosa Darsena (1) abundante de arroyos, montones poblados y que era un lugar delicioso, al que nombraron Santa Cruz, por haberse descubierto en 2 de mayo. Desde allí comisionó Arteaga á otros oficiales, con los que y alguna tropa tripuló unas lanchas y los habilitó de viveres para diez y ocho dias, con armas, algunos pedreros, y proveyó de frazadas y avalorios, para que rescatasen con los indios que encontrasen y les ganasen su afecto, marchando en demanda de otras islas. Efectivamente, se les presentaron varias canoas de indios y algunas de crecido porte en el puerto de la real marina, Refugio y Punta de la Arboleda, donde comenzaron á trocar con ellos sus bugerías por petos, flechas y otras cosas curiosas de su uso.

44. El 1.º de julio siguieron su derrota y fondearon en una ensenada á los 60 grados 13 minutos de altura: tomaron posesion de aquel lugar á nombre del rey Carlos III y hallaron estar equivocadas las cartas de los rusos, que por aquella parte señalaban paso para el Norte. Navegaron á vista de la costa hacia el Poniente y el 1.º de agosto arribaron cerca de muchas islas, y en una de ellas, á los 59 grados 8 minutos, tomaron posesion dándole el nombre de Nuestra Señora de Regla (2). El comandante don Ignacio Arteaga celebró junta de guerra, en la que se acordó regresar al puerto de San Francisco y de allí á san Blas, por estar plagada la tripulacion de escorbuto.

45. Hasta aquí nada singular hay que notar; pero sí el modo con que tomaron posesion de aquellas islas, que es igual poco mas ó menos al que usó Cristóbal Colon al descubrir la isla del Salvador mas ha de tres siglos. Salieron dos frailes de San Fernando que iban de capellanes de los buques, fray Juan Riboo y fray Matías Noriega, y con ellos el comandante; este sacó una cruz que se puso en tierra, y todos la adoraron: entonaron el himno *Te-Deum*, y dijo que tomaba posesion de aquella tierra por el rey de España, como cosa suya propia y que le pertenece... (son sus palabras), por razon de la donacion y bula de Alejandro VI; y en señal de posesion tiró la espada que traía en la cinta, con lo que á guisa de loco, cortó árboles, rayó la tierra, tiró piedras, y pidió testimonio de todas aquellas morisquetas que hacia, á Antonio Dávila y Samudio, cabo de escuadra que fungia de escribano. Hecho esto, tomó una cruz grande á cuestras, y puestos todos los de la tripulacion en orden de procesion, entonaron los padres una letanía, y dicho comandante plantó la cruz, é hizo un mojon de piedra á su pié, quedando allí para memoria de la posesion tomada. Luego adoraron todos la cruz, é hicieron oracion para que Dios fuese servido que aquel pueblo saliese de la idolatría, y después los padres entonaron el himno *Vexilla Regis*. Al pié de la cruz pusieron: *Carolus tertius*. Esto hicieron los españoles del siglo XVIII en el mar Pacífico, mostrándose tan bárbaros como los

(1) Darsena, voz náutica, lo mismo que la parte mas resguardada de un puerto.

(2) Estos buques salieron para hacer este descubrimiento el 12 de febrero de aquel año.

del siglo XVI, pues fundar en la legitimidad de aquel acto en la donación del pontífice Alejandro VI. De todo dió cuenta el virey Mayorga al rey, como lo habría dado su antecesor Bucareli si hubiera sobrevivido á este descubrimiento ó tenido noticia de él. Acompañaron á estos documentos de posesión que se registraron en el tomo 123 del archivo general, carta núm. 187 (1). Desengañémonos, los españoles de ogaño son los mismos que los de antaño. Refiero esto por si algún día disputasen los rusos el dominio y posesión de estas islas ó los anglo-americanos, y quiero que no se olviden estos hechos.

46. Persuadido el virey Mayorga de que los ingleses atacarían las principales plazas de esta América, hizo los mayores esfuerzos por mandar dinero y pólvora á la Habana, Nueva-Orleans y Campeche, y activó cuanto pudo la conclusión del molino nuevo de pólvora de Chapultepec. Cuando no hubiera recibido orden de la corte para obrar con esta actividad, la experiencia de lo que pasaba en el reino de Guatemala así se lo persuadía. Los ingleses tomaron á Orma por asalto el 20 de octubre de aquel año (1779). El hecho se refiere en la correspondencia del virey por las relaciones de don Matías de Galvez, del modo siguiente: "El 19 de octubre los buques ingleses enemigos que intentaron atacar el castillo, no pudiendo sufrir el fuego de artillería de este, que á medio tiro les baró una fragata que sacaron con muchos apuros cargándole su artillería á la banda, hubieron de retirarse. Mas al día siguiente en el acto de estarse tocando la diana en el castillo, lo asaltaron, no con escalas propias, sino con unas de madera con que se había bruñido el encalado de la casa del comandante y que se habían dejado allí por un descuido los del castillo. La guardia que estaba en la muralla no supo defenderla, pues cuando sintieron el estrépito de la sorpresa, ya la habían montado mas de cien ingleses: los negros soldados del castillo trataron de ponerse en fuga, rompiendo á hachazos las puertas que llaman del Socorro, por las que se escaparon cuantos pudieron, hasta que los ingleses, enseñoreados de la fortaleza, los contuvieron, tomándoles el boquete. Sin duda que el castellano de aquel fuerte, previendo esta desgracia, hizo sacar el día anterior de él cuarenta mil pesos y otros efectos preciosos que hizo trasladar por un camino desconocido á los enemigos: habríanse salvado los aúiles y otras preciosidades que había allí encerradas de cuenta de particulares, si los maestros y comandantes de buques por tener segura la ganancia de sus fletes de conducción, no lo hubiesen impedido. Las mercaderías halladas á bordo de los buques que estaban á la ancla bajo la protección de la fortaleza, importaron mas de tres millones de pesos, comprendiéndose en ellas crecida cantidad de azogue destinado para beneficio de los metales, que no quisieron dejar los enemigos no obstante las grandes cantidades que se les ofrecieron para su rescate. En el asalto fueron hechos prisioneros cuatrocientos soldados que defendían la fortaleza, y solo ciento pudieron escaparse. Según la relación que don Matías de Galvez dirigió al señor Mayorga, los indios moscos y zambos auxiliaron en la empresa á los ingleses, y sabida por Galvez esta desgracia, salió de Guatemala, comenzó á reunir las milicias de Sula, desde donde pidió socorros á Méjico de toda especie, que se le mandaron; y cuando se disponía para atacar á los ingleses, estos abandonaron á Orma por la insalubridad de aquel clima mortífero, llevándose la artillería y cuanto pudieron del pueblo y del castillo.

(1) En cajones se remitieron las flechas, petos y algunos muebles de los indios de las islas, para dar idea al rey del carácter de estos indios, que supusieron ser guerreros y políticos.

47. Estas desgracias consternaron sobre toda ponderación al virey Mayorga, pues amaba singularmente á Guatemala, cuyo gobierno acababa de dejar; y así es que multiplicó sus esfuerzos para socorrerla mandando á marchas dobles hasta doscientos mil pesos. Galvez le pedía un millon; pero no pudo dárselo teniendo otras atenciones de igual urgencia como Yucatan: en diversas partidas le remitió hasta seiscientos mil pesos. El comandante general de esta provincia se vió igualmente comprometido que Galvez, aunque este obraba agrediendo á los ingleses y no pasivamente como aquel. La corte deseaba que los británicos fuesen arrojados de Wallis, punto que ocupaban y donde se fijaron para establecer un corte de madera de palo de tinte; allí habían extendido sus posesiones, levantado atrinchamientos y fijando un punto el mas á propósito para sostener el comercio de contrabando con Guatemala, Yucatan y Chiapas, el cual ha ido en aumento hasta el día; por tanto, don Roberto Rivas Betancourt atacó aquel establecimiento con buen suceso, haciendo prisioneros de guerra á todos sus habitantes, mas de trescientos esclavos y no pocas embarcaciones menores; mas al tiempo de concluir estas hostilidades ó llamárselas represalias, llegaron en socorro de los ingleses dos fragatas y un manual de veintiocho cañones, que le obligó al comandante español á abandonar la empresa y retirarse con su flotilla; sin embargo, Betancourt les quemó mas de cuarenta establecimientos, pasando este daño de mas de quinientos mil pesos, no contando con el saqueo que hizo la gente voluntaria, agregada á la husma de él á la expedición. Las piraguas españolas osaron tomar un bergantín inglés de cuarenta y cuatro cañones, interesado en setenta mil pesos; mas adelantándose á hacer lo mismo con otro de guerra de veintiocho, baró el primero por falta de práctico y fué necesario desistir de la empresa (1).

48. Estas noticias en que se alternaban las desgracias con las victorias, aunque á medias, hicieron á Mayorga que multiplicase sus esfuerzos para socorrer los puntos marítimos, expuestos á invasiones como el de Omoa. El gabinete de España desengañado muy á su pesar de que la combinación de sus fuerzas con las de Francia no le podía dar los felices resultados que se prometía, y que se frustraron por etiquetas entre los jefes de las escuadras reunidas, se decidió á obrar por sí solo y destacó una buena parte de su armada al mando del general Solano, que debía favorecer las operaciones militares que se preparaban en aquellos días contra la Florida, y en las que Méjico debía tener parte ministrando auxilios de toda especie. Hechos los preparativos necesarios para abrir la campaña, don Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana, comenzó las hostilidades luego que la corte de España anunció que haría causa común con la Francia. Con dos mil hombres hizo una irrupción en la Florida Occidental, que solo contaba para su total defensa con mil ochocientos hombres, de los que la mayor parte estaban en Panzacola y el resto diseminado en diferentes guarniciones. Después de haber reconocido la independencia de los Estados- Unidos de América en 19 de abril, puso Galvez en movimiento sus tropas, subió el Misisipi, y después de nueve días de sitio, se apoderó de un fuerte ubicado en la embocadura del Ibebil, defendido por quinientos hombres, en 7 de setiembre de 1779. Continuó después río arriba hasta Natchez y tomó los fuertes y establecimientos que formaban la barrera de esta provincia al Oeste, pe-

(1) Comunicaciones de Betancourt al gobierno de Méjico y de este al ministerio. Cart. núm. 467, tom. 124.

netrando á un país fértil que tenía lo menos mil doscientas millas de extensión. Esperó allí la primavera para continuar sus operaciones militares y combinó con el gobernador de la Habana un plan para apoderarse de Panzacola y de lo demás de la provincia. Con este objeto embarcó sus tropas en Orleans, y escoltadas de algunas fragatas y otros buques menores, se dirigió hácia la bahía de Mobila, donde deberían reunirse nuevas fuerzas que esperaba de la Habana. Allí luchó un mes continuo con las tempestades demasiado comunes en este clima, que maltrataron en gran parte sus buques y lanzaron en la playa ochocientos hombres que perdieron sus armas, vestidos y demás útiles, quedando sin ninguna clase de recursos. Los españoles sufrieron este azar con un valor estoió y que es ordinario en ellos: perdióse la mayor parte de la artillería; pero Galvez hizo construir con los fragmentos de sus buques destruidos escalas de asaltos y se preparó para tomar la Mobila por medio de esta desesperada tentativa. Luego que tuvo la satisfacción de ver llegar parte de los socorros que esperaba de la Habana, sin aguardar los que aun faltaban que llegar, embarcó sus tropas, y superados muchos nuevos obstáculos que necesitó vencer, desembarcó el 14 de marzo de 1780 á tres leguas del fuerte que estaba defendido por doscientos ochenta y cuatro hombres, comprendiéndose allí los habitantes. En breve se pusieron á punto de obrar los apaches de la plaza con tan buen suceso, que antes de oscurecer, los sitiados pidieron capitulación y por ella quedó prisionera de guerra la guarnición. Fué tal la dicha de este general, que en el momento mismo en que las tropas salían de la plaza, el general Campbell, comandante de la provincia, se presentó sobre sus muros con mil doscientos hombres para socorrerla; pero el socorro llegó tarde, y ya no estaba en tiempo de impartirlo. Ocupóse el fuerte sobre la marcha, y las disposiciones para ello fueron tan bien tomadas para su defensa, que el comandante inglés no se atrevió á aventurar un ataque; lo restante de la estación se pasó en algunas operaciones ó arreglos parciales, y el tiempo que promedió hasta el verano se gastó en hacer los aprestos necesarios para ganar á Panzacola. Galvez reapareció en la Habana para acelerar sus disposiciones y tornó á emprender sus trabajos poniéndose á la cabeza de una nueva expedición de ocho mil hombres, embarcados en principios de 1781, los cuales fueron combatidos por horribles tempestades, y por las que perecieron cuatro de sus buques principales con dos mil hombres: tal contratiempo le obligó á volver á la Habana; pero la llegada de la escuadra de Solano le facilitó emprender otra vez la ejecución de su proyecto. Dióse pues nuevamente á la vela con una fuerza de cinco mil hombres, escoltados por cinco buques de línea; el resto de la escuadra le siguió con otros quince bajeles. Como ninguna fuerza marítima podía oponerse á su desembarco, lo ejecutó sin dificultad, y comenzó el ataque simultáneamente por mar y tierra. La guarnición, aunque compuesta de extranjeros, negros é indios, con pocas tropas regladas, le opuso una resistencia vigorosa; pero por grande que fuese no podía contrabalancear la conocida superioridad que daba el número de tropas españolas y su ventajosa posición. Abriéronse paulatinamente las trincheras; pero con regularidad: las baterías hacían fuego sobre las obras exteriores que cubrían la ciudad: un obús metió una granada dentro de un repuesto de pólvora de una batería enemiga, que produjo gran confusión en los enemigos, de que se aprovecharon los sitiadores y plantearon sobre la muralla sus baterías. Este accidente decidió de la suerte de la plaza; con tal motivo, el gobernador, que ya no podía mantener por mas tiempo sus tropas en sus respectivos puestos, obtuvo una capitulación honrosa, pues por ella la

guarnición, que se componía de ochocientos hombres, salió con los honores de guerra y fué tratada con las consideraciones debidas á su valor, por un vencedor generoso. La reducción de Panzacola completó la de toda la provincia.

49. En el momento en que Galvez atacó los fuertes sobre el Misisipi, el gobernador de Yucatan comenzó las hostilidades contra los colonos ingleses en la bahía de Honduras, como ya hemos repetido; la fortuna no podía por todas partes mostrar su semblante halagüeño, y parece que está en la naturaleza de las cosas mezclar los gustos con los pesares, y que cuando aquellos no se consigán por completo, sobrevenga una desazon que los minore. Este triunfo debido en parte al buen tino con que un artillero mejicano metió la bomba en el repuesto de pólvora, y parte al valor del conde de Galvez, le mereció su engrandecimiento y aplausos. Es muy digno de notar que á un mismo tiempo peleaban padre é hijo, aquel en Guatemala y este en Panzacola: aquel no llegó á ver la cara á los ingleses, pues se retiraron sin aguardarlo; este afrontó la muerte en peligros de mar y tierra: aquel era un anciano que no podía soportar las fatigas de la campaña, y deseaba el retiro y reposo de la vejez; este era un joven brioso, inflamado de ardor bélico y decidido á morir cubierto de laureles: tenía abierta la carrera de la ambición y de la gloria, y presto la obtuvo cuanto pudiera desear.

50. La situación del virey Mayorga en estos días era bastante apurada: por una parte veía los esfuerzos que los enemigos hacían para mantenerse en el Seno Mejicano; sus espías y confidentes le anunciaban que en Jamaica se aprestaba una expedición sobre Veracruz; y aunque podía confiar en las fuerzas marítimas dadas al general Solana, no se olvidaba de la desgraciada muerte de su compañero el general Langara, que había sido batido por el almirante Rodney; pedíale frecuentemente recursos de toda especie el gobernador de la Habana; es decir, pólvora, dinero, y aun viveres, pues la isla estaba amenazada de hambre, porque un terrible huracán había destruido las sementeras, y de igual achaque adolecía la Luisiana. Don Bernardo de Galvez le pedía asimismo tropas para engrosar su ejército, demeritando en gran parte con el furioso vendabal que había arrojado parte de los buques de transporte, y otros que iban en su conserva sobre las costas de Yucatan; noticia infausta que se había comunicado á Méjico por el gobernador de aquella provincia, invocando el socorro (1). Toda la fuerza de línea con que contaba Mayorga estaba reducida á tres regimientos de infantería, á saber: dos incompletos de España (Granada y Asturias) y el de la corona, y dos de dragones (Méjico y España), de los cuales había tenido necesidad de sacar cuatrocientos soldados, y trece oficiales que mandó á Manila de orden de la corte (2), y le había sido preciso levantar dos batallones, uno para San Blas y otro para la costa. En tal conflicto tomó la providencia de marchar para Veracruz con su secretario, para reconocer por sí mismo la fortificación de la plaza y castillo y arreglar el plan de defensa, que necesitó cambiarlo, pues lo halló harto defectuoso, quitar la mala batería puesta en Mocambo y desengañarse por vista de ojos de los graves defectos que tenían las barcas cañoneras que se habían construido. El gobernador de Veracruz quería que se le reuniese mucha tropa en la plaza, lo cual era destinarla al matadero en un país insalubre, por lo que determinó acantonarla en Orizava, Encero, Jalapa y otros puntos de donde pudiera marchar á la primer novedad que ocurriese en la plaza ó en la costa. Este viaje y reconocimiento hasta su regreso á Méjico, lo practicó en diez y nueve días,

(1) Carta número 800, tomo 127.

(2) Carta número 420.

adoptando la medida de que alteraran los regimientos de milicias con que completó los cuerpos veteranos, y de este modo pudo conservar un ejército de operaciones que pudiera servir en un caso apurado. Es preciso confesar que en tales momentos de aflicción, Mayorga se condujo con la energía y dignidad de un buen servidor del rey y de un sabio jefe. Para colmo de su desconsuelo sobrevino una revolución en la provincia de Izúcar en 21 de enero de 1781, en que hubo varios asesinatos, estando á la cabeza de ella los indios que formaban el ayuntamiento. Para sofocarla mandó al alcalde de corte don José Antonio Urizar, y alguna tropa de Puebla (1). La cosa era grave, pues roto el freno de la subordinación, despedazaron el dosel y retrato del rey; mas por fortuna se calmó el desorden, pues se apresaron treinta y dos de los amotinados, y después cuarenta y siete: los mas criminales se pusieron á disposición de la real sala del crimen, y los otros se aplicaron al servicio de la marina mandándolos á la Habana. Cuando refiere al rey estos hechos, le asegura que su corazón había apurado la copa de la amargura en aquellos dias. Deja entrever en sus exposiciones al ministro Galvez cierta especie de repugnancia entre los jefes y algunas murmuraciones de sus providencias, efecto necesario de la mala disposición que se notaba en el ministro Galvez respecto de Mayorga, pues ofendido de que su hermano don Matías no hubiese sido el virey de Méjico como había pensado, desaprobaba muchas de sus disposiciones aun las mas justas, tan solo por amargarlo. Mayorga se desentendía de esto, y solo cuidaba del mejor desempeño de sus obligaciones; hasta la audiencia de Méjico procuraba desazonarlo queriendo ingerirse en sus atribuciones; pero Mayorga se sostenía vigorosamente y mantenía su autoridad con energía, asiendo únicamente lo que convenia al estado en que se hallaban las cosas. Por estos dias llegó á Veracruz don Francisco Saavedra, personaje que después fué ministro del reinado de Carlos IV, y que lo removió el príncipe de la Paz muy pronto, como lo hacia con todo el que no se prestaba á sus ideas: este se presentó en Méjico con el carácter de *autorizado* por la corte; entiendo que vino á fiscalizar la conducta de Mayorga: en el comun del pueblo pasó por un *príncipe oculto*, se hablaba de él con cierto misterio y respeto (2), y huía la cara á la animadversión pública, circunstancia que influía no poco en el homenaje que se le tributaba por los necios.

51. El público llegó al fin á entender el desconcepto en que Mayorga estaba para con el ministerio, y así es que el regente de la audiencia de Guadalajara don Eusebio Sanchez Pareja, osó titularse capitán general de la Nueva-Galicia, exigiendo que el comisionado para levantar las milicias del real de Bolaños, Colotlan, Fresnillo, Jerez y otros pueblos del territorio de aquella audiencia, le pidieran la correspondiente vención para efectuar las comisiones militares de la capitania general de Méjico que mandó suspender: tales efectos produce en los magistrados inferiores el desprecio con que los superiores tratan á aquellos que debieran respetar y honrar. Mayorga sostuvo en esta vez su autoridad y *unidad* del mando militar, y desde entonces comenzó á manifestarse el espíritu de independencia que animaba á los de Jalisco respecto de Méjico, que en estos últimos años se ha desarrollado y producido infandos males en la república (1). En 31 de agosto de 1782 los ingleses tomaron el establecimiento de la *Criba* en el reino de Guatemala; habían sido expelidos de este punto; mas á poco volvieron sobre él con dos navios de línea, seis fragatas, dos

(1) Carta número 790, tomo 128.

(2) Llegó á Veracruz en noviembre de 1781, segun carta de Mayorga á Galvez.

(3) Carta 1586 de 26 de marzo de 1782, tomo 130.

bergantines, una goleta y mil indios zambos y quinientos negros. El comandante don Tomás Sulia que lo defendía, viéndose con la gente enferma, sin viveres ni municiones, capituló en 31 de agosto, y entregó dicho establecimiento. Esta noticia puso en cuidado á Mayorga, y se lo aumentó la que posteriormente recibió del comandante de marina de la Habana, pues le asegura que en York se preparaba una expedición inglesa de treinta y cinco navios de línea y treinta mil hombres de desembarco para la isla de Cuba. Creyóla indiscretamente sin reflexionar que esta combinación de fuerzas se dirigía á batir la escuadra francesa auxiliar de los anglo-americanos en la guerra de independencia, y así es que Mayorga puso en movimiento los batallones de milicias que aun no habían salido de sus hogares, como el de Oajaca, que se acantonó en Orizava y Tlaxcala. Mientras mas se esmeraba el virey Mayorga en servir con la mayor fidelidad al rey, mas empeño tomaba el ministro Galvez en desacreditarlo, reprobándole con escándalo sus providencias, y haciéndolo pasar por un inepto y un virey interino y supletorio: esta conducta desprestigiaba la dignidad vireinal y autorizaba á los subalternos para que lo imitasen, guiados de tal ejemplo. El gobernador de Veracruz osó desobedecer sus providencias y reclamárselas: picóse con Mayorga porque no quiso aprobarle un plan de arreglo de lanceiros que le propuso para colocar dos hijos suyos; por que le desaprobó asimismo muchos gastos inútiles y crecidos, las lanchas cañoneras que había hecho construir de todo punto inútiles; porque no accedió á sus pretensiones de reunir en Veracruz cuerpos numerosos de tropas que habrían perecido al rigor del clima; porque mandó quitar la batería de Mocambo, cuyos tiros no alcanzaban al punto que debieran impedir la ocupación de la isla del Sacrificio, siendo en esta parte tan desairado Mayorga, que la corte mandó reponerla, no obstante haber demostrado con informes de sabios ingenieros su inutilidad: por fortuna de Méjico los enemigos no invadieron á Veracruz, pues si tal desgracia hubiera sucedido, su gobernador habría hecho allí el mismo papel que hizo don Matías de Galvez en Omoa. Tal estado guardaban las cosas de esta Nueva-España, cuando Mayorga tuvo la noticia de que el rey había nombrádole por sucesor á don Matías de Galvez, por real cédula de 14 de octubre de 1782, en el sitio de San Lorenzo, y que este con celeridad extraordinaria se había puesto en camino á pesar de sus achaques, y de traer consigo á su esposa. Mayorga quería hacer la entrega del baston en la villa de Guadalupe, por estar muy deteriorada la casa del recibimiento de los vireyes en el pueblo de San Cristóbal, y amenazaba ruina cargando allí la concurrencia; no obstante esto y que por igual motivo el mismo Mayorga había sido emposesionado en Guadalupe, Galvez insistió en que se practicase el acto en San Cristóbal: levantóse sobre esto un expediente, y oído el voto consultivo del real acuerdo, este se pronunció por la opinion de Galvez, y se mandó que á gran prisa el consulado, de quien era aquella finca, la reparase para la posesion, la cual se verificó en 28 de abril de 1783, con las solemnidades de estilo. Mayorga cuatro dias antes había dirigido al rey una exposición (1), suplicándole le relevase de dar residencia, y caso de no eximirse de ella por lo respectivo á su gobierno de Guatemala, pedia se comisionase al alcalde de corte de Méjico don Joaquin de la Plaza, que había sido oidor de Guatemala y tenia conocimiento de aquel gobierno. Esta exposición está bastante interesante; quéjase del desaire con que se le había tratado desaprobando sus providencias; de su escasa fortuna debida á las grandes pérdidas que sufrió en

(1) Carta número 2068.

Guatemala cuando aquella ciudad fué destruida por los temblores, hasta quedar privado de sus muebles y decencia; de que se le había tenido á medio sueldo, viéndose precisado á sostener el decoroso empleo de virey como si lo disfrutase íntegro, y á su esposa é hijos en Madrid. Ignórase qué suerte corrió esta justa reclamación, pues le sobrevino á poco la muerte. Mayorga sin duda fué la víctima de la odiosidad del ministro Galvez, que lo persiguió por los motivos ya dichos en esta relacion repetidas veces. Es menester notar que don José de Galvez era hombre de pasiones fuertes, rencoroso y terrible: olvidaba en un momento los mayores servicios que se le habían hecho por muchos tiempos, y abusaba del poder que el soberano había puesto en sus manos. Otra vez se ha referido la persecución que causó al amable y virtuoso Azansa, porque presumió que hubiese escrito cuando como visitador lo llevaba en su compañía, que estaba loco; y efectivamente, por tal lo tuvieron los que vieron hacer destrozos y escarseos en tierra dentro. Mayorga incuestionablemente ha sido uno de los vireyes mas hombres de bien que ha tenido esta América; considérese bajo cualquier aspecto por donde deba contemplarse un gobernante, y se le encontrará recomendable: si por el de la piedad, hallaremos que apenas llega á Méjico cuando unido al arzobispo Nuñez de Haro solicita la fundación del convento de capuchinas de Guadalupe (1). Muestra igual celo por socorrer al pueblo afligido con la epidemia de viruelas y por el establecimiento del hospital general de San Andrés. Si como militar, él proporciona cuantos aprestos son necesarios para defensa de esta vasta América é islas (inclusas las Filipinas y demás establecimientos de ultramar): arregla el ejército, baja con una rapidez extraordinaria á Veracruz, reconoce el puerto y fortaleza de Ulúa y de Perote, los cantones de Orizava, Córdoba, el Encero y otros, y multiplica su existencia despachando en todos los ramos: si como político, lo vemos modesto y templado sin dejar por esto de sostener con vigor la dignidad del puesto que se le había confiado; si se examina su conducta con respecto al pueblo mejicano, lo vemos interesarse en su ilustración y promover la instalación de la *Academia de las tres nobles artes*, y los progresos de las fábricas de lana y explotación de minas de azogue (2); mas tambien se ve, y con no

(1) Número 104 tom. 123 de correspondencia.

(2) El celo del señor Mayorga en esta parte, se extendió á solicitar por medio del gobernador de Manila que pidiese este ingrediente á la China y remitiese en la nao anual de Acapulco libre de derechos de embarque y desembarque, con la precisa condición de que solo se vendiese á los mineros para que no manipulasen ni lucrasen manos intermedias. Efectivamente, se

poco dolor, que una exposición tan honorífica para las artes del buen gusto, se desglosa por los enemigos de su gloria (que sin duda tenia en su misma secretaría del vireinato, pues no aparece la minuta de su exposición, y solo se sabe haberla dirigido al rey por el índice y número), constancia que no pudieron borrar sus émulo; pero donde mas muestra Mayorga su buena fe, toda su lealtad y pureza, es en las cartas de la via reservada en que brillan estas bellas prendas; cartas que siempre fueron contestadas con desden, reproches é insultos. En fin, Mayorga parte para España abrumado de pesares: logra llegar á la vista Cádiz, y su corazón se dilata cuando se considera á punto de ponerse á los piés de Carlos III para bañarlos con sus lágrimas, como Cristóbal Colon á los de la reina católica para darle sus quejas por la ingrata correspondencia con que se retornaron los servicios de una fidelidad á toda prueba, entonces exclama y dice: ¡ah! presto sabrá el rey el estado en que queda la América..... Estas palabras son su sentencia de muerte; se sienta á poco á la mesa y se levanta de ella á morir; créese que una mano pérfida le ministró en la vianda un veneno mortal. ¡Ah! los malos poderosos tienen amigos en todas partes que venden sus almas al vil precio de un empleo. . . . He aquí lo que he podido averiguar en cuanto al funesto término del señor don Martin Mayorga: casi igual se le esperaba al autor de todos sus desgracias (si podemos dar asenso á rumores no infundados).

52. Muerto Mayorga, su esposa doña María Josefa Barcárcel elevó sus quejas al trono y recabó de la justicia de Carlos III que se le mandasen entregar por una vez veinte mil pesos; justicia á medias, pues á los vireyes Croix y Bucareli, que quizá no trabajaron tanto como él, pues les cupieron tiempos de paz y bonancibles, se les había acudido con el sueldo anual de sesenta mil pesos. He aquí un soberano entregado á la voluntad de un mal ministro y hecho el ludibrio de sus caprichos y venganzas.

trató este asunto en junta de comercio de Manila, y se acordó que esta medida era por entonces impracticable, pues la provincia del imperio chino que producía el azogue, se hallaba entonces sublevada. Segun la carta número 337 de la audiencia gobernadora, que entonces lo era por la muerte de don Matías de Galvez, esta solicitud la hizo Mayorga por sí solo, y no aparece que hubiese dado cuenta al ministerio, pues en este concepto lo hizo aquel tribunal en carta número 337 que se registra en el tomo 156 de la correspondencia por la via reservada de Indias. No perdamos de vista este proyecto, ahora que tenemos abierto el comercio con España y Filipinas y carecemos de este ingrediente tan necesario á la minería.